

toda hora gritan: « ¡Humanidad, beneficencia! »; y protesta, en fin, contra las flores y los frutos de la *Enciclopedia*. Su mismo aislamiento, su dureza algo brutal, en medio de aquella literatura desmoralizada y tibia, le hacen interesante, ora resista, ora provoque. Es un gladiador literario de otros tiempos, extraviado en una sociedad de petimetres y de abates; un lógico de las antiguas aulas, recio de voz, de pulmones y de brazo, intemperante y procaz, propenso á abusar de su fuerza, como quien tiene excesiva confianza en ella, y capaz de defender de sol á sol tesis y conclusiones públicas contra todo el que se le ponga delante ¹. »

¹ Forner sostuvo, por lo menos, las siguientes campañas:

I. Contra Iriarte (*El Asno Erudito*.—*Los Gramáticos*, *historia chinesca*.—*Cotejo de las dos églogas premiadas por la Real Academia Española*).

II. Contra Huerta (*Fe de erratas del prólogo del teatro español*.—*Reflexiones de Tomé Cecial*.—*El Moriön*, poema burlesco (del griego *moria*, locura), y varios romances, sonetos, epigramas, etc.).

III. Contra Trigueros (*Carta de D. Antonio Varas al autor de la Riada*.—*Suplemento al artículo Trigueros en la biblioteca del Dr. Guarinos*).

IV. Contra varios poetas menores, Nipho, Laviano, Valladares, etc. (*Carta de Marcial á D. Fermín Laviano*.—*Carta del Tonto de la Duquesa de Alba á un amigo suyo de América*.—*Sátira contra la literatura chapucera del tiempo presente*, etc., etc.).

V. Contra D. Tomás Antonio Sánchez (*Carta de Bartolo*, en respuesta á la *Carta de Paracuellos*.—Replicó Sánchez en la *Defensa de D. Fernando Pérez*).

VI. Polémica en defensa de la *Oración Apologética* (*Contestación al discurso 113 de El Censor*.—*Pasatiempo de D. Juan*

En Forner se encarnó la reacción más inteligente y más violenta contra el enciclopedismo. « Vivimos en el siglo de los oráculos (escribía): la audaz y vana autoridad de una tropa de sofistas ultramontanos, que han introducido el nuevo y cómodo arte de hablar de todo por su capricho, de tal suerte ha ganado la inclinación del servil rebaño de los escritores comunes, que apenas se ven ya sino infelices remedadores de aquella despótica resolución con que, poco doctos en lo íntimo de las ciencias, hablaron de todas antojadizamente los Rousseau, los Voltaire, los Helvecio.... Tal es lo que hoy se llama filosofía: imperios, leyes, estatutos, religiones, ritos, dogmas, doctrinas...., son atropellados inicuaente en las sofisticas declamaciones de una turba, á quien, con descrédito de lo respetable del nom-

Pablo Forner (contra *El Apologista Universal*).—*Lista puntual de los errores de que está atiborrada la primera carta de las que el Español de París ha escrito contra la Oración Apologética*.

VII. Contra Vargas Ponce (*La corneja sin plumas*).

VIII. Contra varios teólogos andaluces, en defensa del establecimiento de un teatro en Sevilla (*Respuesta á la carta de Juan Perote*.—*Carta dirigida á un vecino de Cádiz sobre otra de un literato de Sevilla*.—*Respuesta á los desengaños útiles y avisos importantes del literato de Écija*.—*Prólogo al público sevillano*, etc., etc., etc.).

IX. Contra varios periodistas (*Diálogo entre El Censor y El Apologista Universal*.—*Demostraciones palmarias de que El Censor, El Corresponsal, etc., son inútiles y perjudiciales*, etc.).

Muchos de estos folletos están publicados con los varios pseudónimos de Pablo Segarra, Bartolo, Varas, Paulo Ipno-causto, Bachiller Regañadientes, Silvio Liberio, Tomé Cecial y otros nombres de batalla.

bre, se aplica el de filósofos.» Para salvarse de esta anarquía y desbarajuste intelectual, Forner invoca el nombre de Luís Vives, y quiere levantar sobre su sistema crítico, combinado con el experimentalismo baconiano, el edificio de una ciencia española, distinta asimismo de la ciencia escolástica.

Forner brilla mucho más en la crítica histórica y filosófica [que en la crítica propiamente literaria. Lista dijo de él con profunda verdad que tenía el entendimiento más apto para comprender las verdades que las bellezas. Aquel hombre, tan independiente en otras cosas, nunca pudo romper el yugo de la retórica, y juzgaba las obras artísticas más por preceptos externos que por una fruición personal y reposada, la cual sólo en muy pequeño grado podemos concederle. Aunque misógalo, carecía del arranque estético de Lessing, y veneraba la autoridad de los franceses en el teatro, después de haberla negado en la filosofía y en todo lo restante. La misma aspereza de sus polémicas, la trivialidad de los motivos de muchas de ellas, la saña con que persigue á escritorzuelos adocenados, que ni en bien ni en mal podían influir en la corriente de las ideas, los rasgos de chocarrería estudiantil ó frailuna con que matiza sus folletos, denuncian en él cierta falta de gusto y de tacto, de la cual nunca pudo curarse totalmente. «Deja en paz (le decía Moratín) á los Iriartes y á Ayala, y á Valladares y á Moncín, y á Huerta y á las tres ó cuatro docenas de escritores de quienes te has declarado enemigo, y ocupa el tiempo en tareas

que te adquieran estimación y no te susciten persecuciones y desabrimientos.»

Esta polémica menuda, acre y enfadosa, esterilizó, en gran parte, las singulares dotes de Forner, robando á muchas de sus obrillas críticas todo interés duradero y universal. Pero hay dos que conviene exceptuar cuidadosamente, y poner entre lo más selecto de la cultura española del siglo XVIII, las *Exequias de la lengua castellana* y el *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*. En las *Exequias*, que el autor llamó *sátira menipea* por ir entremezclada de prosa y versos, siendo, en realidad, una ficción alegórica del género de la *República Literaria* ó de la *Derrota de los Pedantes*, inferior á ellas en amenidad y gracejo, pero muy superior en alteza y trascendencia de miras, como obra no de un mero humanista, sino de un pensador original y penetrante, Forner recorre con erudición inmensa y crítica franca y resuelta todo el campo de nuestra literatura, estudia su progreso y su decadencia, formula juicios propios y en general acertados sobre nuestros clásicos; los expresa á veces en frases de una exactitud y belleza incomparables; defiende con ardiente amor patrio nuestras grandezas pasadas; juzga severísimamente á los corruptores del gusto en su tiempo, y va derramando de paso copiosa doctrina sobre todos los géneros literarios. Nada se escribió en el siglo XVIII con más plenitud de ideas, con más abundancia de dición, con más enérgico estilo, con más viveza de fantasía, con

sabor más español, que algunos trozos de esta *Menipea*, á la cual sólo daña su extraordinaria extensión, y el mismo empeño que el autor puso en acumular en ella todos los tesoros de su largo pensar y de su enorme lectura. Esta obra señala el apogeo del entendimiento de Forner. No creo que nadie en la España de entonces fuera capaz de escribir otra igual ni parecida.

Elogios muy semejantes merece el bello *Discurso sobre la Historia*, tan lleno de jugo y de substancia en su brevedad elegante. Forner no se limita á caracterizar con cuatro rasgos de valiente pincel á todos nuestros historiadores; no sólo hace sobre la *materia* de la historia consideraciones que se levantan mucho sobre las de Luís Cabrera y Fr. Jerónimo de San José, como lo traía consigo el adelanto de los estudios críticos, nunca más florecientes en España; no sólo apunta, como de pasada, novedades que creemos nacidas en nuestros días, v. gr., la de considerar á Leovigildo como el primer rey visigodo de España, y la de mirar á Bernardo del Carpio como un mito épico creado por reacción contra el tipo de Roldán en la epopeya francesa, sino que, tratando, aunque por incidencia, de la *forma* de la historia, echa los cimientos de una verdadera teoría estética de ella. Forner, malhumorado con la Academia de la Historia, sin hacerse cargo de su verdadero objeto, que nunca ha sido otro que la investigación y la depuración de los hechos y el acopio de materiales para la historia futura, emprende probar que un cuerpo ó sociedad literaria

no es á propósito para escribir bien la historia; y forzosamente viene á parar á la cuestión artística y á la unidad de estilo. «Las historias clásicas (dice Forner) las escribieron hombres de aquellos que nacen, no para sujetarse á preceptos, sino para dictar ejemplos en que éstos se funden. *Atarse servilmente á las reglas, pertenece sólo á entendimientos medianos y limitados*. Los superiores y de primera esfera, procuran sólo no quebrantar las reglas para no caer en delirios; pero las bellezas y excelencias las producen por sí, sin fatigarse en buscar en el arte el precepto ó regla que las prescribe.... Los modernos preceptistas del arte histórica se han detenido principalmente en las partes y en el estilo, *sin acertar*, á mi modo de entender, *con la forma* que corresponde especialmente á toda obra que resulta de un arte instrumental ó de imitación.... Supieron hallar y prescribir los medios para construir un todo agradable, útil, proporcionado, en una palabra, *bello*. Pero como en este *todo* debe residir un alma, un espíritu, un móvil que anime todas sus partes, y que sea como el centro ó punto de apoyo que sostenga todo su mecanismo: al señalar este espíritu, móvil, punto, centro (ó como quiera llamarse) procedieron con tal incertidumbre y perplejidad, que apenas han sabido decirnos cuál es el fin de la historia; y no por otra razón, sino porque examinaron los historiadores antiguos más como gramáticos que como filósofos. La Poética padecería la misma indeterminación en su fundamento principal; si

su formación no hubiera caído en manos de Aristóteles. Antes de enseñar los medios de hacer un poema bello, indagó el centro íntimo adonde debían ir dirigidas todas las partes y bellezas de su composición; y de aquí resultó aquella gran máxima en la poesía, á saber: que todo poema debe constituir, no sólo un todo, sino una unidad completa en lo posible; *todo y unidad* juntamente, porque hay todos que no forman unidad, sino *cúmulo*.... La mayor parte de las reglas de los preceptistas históricos se dirigen á formar cúmulos y no unidades, siendo así que las historias mismas que les suministraron las reglas eran unidades dispuestas y trabajadas con la misma atención que usan el poeta y el pintor en la composición de sus obras.... *En la exposición de lo verdadero caben las mismas reglas que en la ficción y expresión de lo verosímil.* El encadenamiento y dependencia que tienen los hombres entre sí, hace que las acciones de muchos de ellos vayan de ordinario encaminadas á un solo *fin*, y he aquí el oficio de la historia: investigar el fin que puso en movimiento las acciones de muchos hombres, y hacerle el alma de su narración, de la misma suerte que lo fué de las acciones, y entonces resultará de la unidad del fin la unidad en la estructura. En resolución, *las sociedades civiles son una especie de poemas reales y fábulas verdaderas, ya se consideren en el todo, ya en sus partes, cada una de las cuales puede considerarse como una especie de poema subalterno que depende del principal; y siendo el oficio de la historia*

retratar estas sociedades, ya en el todo, ya en sus partes, sólo con que el historiador sepa copiar bien, producirá «unidades históricas» que podrían competir en el artificio con las mejores fábulas de poesía.... Un poema consta de fábula, esto es, de una narración verosímil, que no se diferencia de la verdad sino en que no ha existido lo que cuenta. Una historia consta de narración cierta, que no se diferencia de la fábula sino en que realmente existió lo que cuenta.... Queremos que el historiador imite al poeta en el modo de expresar con novedad hechos que no puede fingir, y que le imite también en el arte difícil de retratar con propiedad y excelencia los caracteres de las personas: queremos que se iguale al político en la averiguación y explicación de las causas de los hechos que cuenta: queremos que se convierta en filósofo para reflexionar y deducir documentos útiles sobre estos mismos hechos.» Justo Lipsio ha inspirado esta última idea: Pontano algunas de las anteriores; pero las más profundas pertenecen exclusivamente al genio de Forner, superior á todos los tratadistas de historia que hasta entonces habían aparecido ¹.

Mientras estas cosas se escribían en España, una polémica ruidosísima hacía resplandecer en Italia el ingenio y la ciencia de los Jesuitas expulsados vandálicamente por el gobierno de Carlos III. Más de cuatro mil españoles, iniciados todos, cuál

¹ Vid. Obras de D. Juan Pablo Forner, fiscal que fué del extinguido Consejo de Castilla, recogidas y ordenadas por don Luis Villanueva, Madrid, 1844. 8.º Págs. 1 á 143.

más, cuál menos, en las letras humanas y divinas, profesores doctísimos muchos de ellos, algunos verdaderas lumbreras de su siglo, como Andrés, como Eximeno, como Hervás y Panduro, como Masdeu, como Arteaga, habían sido arrojados de su patria en un solo día, sin forma de juicio ni proceso. El efecto que produjo en la república de las letras italianas su llegada, sólo se comprende leyendo algunos escritos de entonces, especialmente la oración pronunciada por el abate Antonio Monti en la apertura de estudios de la Universidad de Bolonia en 1781: «Apenas habría quedado en Italia (exclamaba Monti) vestigio de las buenas letras y de los estudios, ni hubiéramos podido legar á los venideros monumento alguno digno de la inmortalidad, si por un hecho extraordinario, que asombrará á todas las edades, no hubiera venido desterrada á Italia desde el último confín del mundo, tanta copia de ingenios y de sabiduría ¹.» La historia de los trabajos literarios de los Jesuítas expulsos pediría un libro entero, que tenemos propósito de escribir algún día, y que otro escribirá, si nosotros no lo hacemos. Aquí sólo nos incumbe tratar, y eso brevemente, de los que con sus escritos dieron nueva luz á la crítica literaria.

¹ *Ut nisi fato illo, quod omnis aetas mirabitur, tanta ingeniorum et doctrinarum omnium vis usque ab orbe ultimo in Italiam extorris advecta esset, vix ullum bodie apud nos bonarum artium studiorumque extaret vestigium, vix ullum immortalitate dignum testimonium. (Ant. Montii oratio habita in Archigymnasio Bononiensi, quo die studia solemniter sunt instaurata anno 1781. Bononiae, 1781.)*

Reinaban por entonces entre los escritores italianos singulares preocupaciones acerca de la cultura española. El influjo de las ideas francesas por una parte, y por otra el recuerdo de nuestra larga dominación, que forzosamente había de serles antipática, habían ido engendrando, aun en la mente de los varones más doctos y prudentes, una serie de conceptos falsos é injuriosos, que pedían pronta y eficaz rectificación. No llegaba ciertamente en los eruditos italianos el desconocimiento de nuestras cosas hasta el ridículo extremo de preguntar, como el enciclopedista M. Masson: «¿Qué se debe á España? Y en diez, en veinte siglos, ¿qué ha hecho por la civilización de Europa?» Eran todavía harto frecuentes en Italia nuestros libros, y estaban en pie hartos vestigios de nuestra antigua gloria, para que á nadie se le pasase por las mientes formular semejante pregunta. Pero al investigar las causas de la corrupción de las letras latinas en la era de Augusto, y de las letras italianas en el siglo xvii, solían los críticos de aquel país achacar al influjo español la mayor culpa en estos accidentes fatales, asentando muy gratuitamente, pero no sin cierto color de verosimilitud, que, así como la familia de los Sénecas corrompió la pureza del gusto en la era de los Césares, así la dominación española en Milán y en Nápoles coincidió con la depravación de la elocuencia y de la poesía italianas, perdidas y estragadas por el contagio y el remedo de los vicios de los dominadores, de donde inferían que debía de haber en el clima de Espa-

ña y en el temperamento de los españoles alguna influencia maléfica para el buen gusto, en todas edades y civilizaciones. De tales ideas, profesadas con más ó menos exageración, no está libre la voluminosa y concienzuda *Historia Literaria de Italia*, del doctísimo abate Tiraboschi, bibliotecario de Módena, obra cuyo gran precio se conocerá con sólo decir que en su mayor parte no ha envejecido: suerte muy rara en un libro de erudición, y bastante para indicar cuán grande es la riqueza de sus noticias y el buen juicio con que están acrisoladas. Pero el más extremado sustentador de las opiniones antedichas, era un escritor mucho más ligero que Tiraboschi, y cuya reputación ha venido tan á menos con el transcurso de los tiempos que hoy está casi enteramente borrada: el abate Xavier Bettinelli, crítico superficial, de Arcadia ó de salón, á quien nadie recuerda como no sea por sus ridículas censuras contra Dante. Este hombre, que tan mal comprendía al mayor poeta de su raza, había publicado en 1773 un artificioso y elegante panegírico con el título de *Historia del Renacimiento ó restauración de los estudios en Italia después del siglo XII*, donde redondamente afirmaba que el gusto del teatro español, pasando á Italia, había arruinado la escena italiana, y que en lo lírico, Góngora era el responsable de todos los absurdos de Marini y de su escuela.

Quizá las proposiciones de Tiraboschi y Bettinelli no tenían en la mente de sus autores todo el alcance y gravedad que Lampillas, Andrés y

Serrano les dieron al impugnarlas, ni era, por otra parte, un crimen capital no gustar ó gustar poco de Séneca, de Lucano y de Marcial, que fueron el principal objeto de la disputa, por ser nuestros Jesuítas más dados al estudio de la literatura latina que al de la vulgar. Pero es sabido que el patriotismo se acrece y se inflama más con la lejanía de la patria (hasta cuando ésta se ha mostrado áspera y desagradecida), pareciendo entonces graves ofensas al honor de la madre adorada, los que en otra ocasión quizá pasaran por leves alfilerazos. Había otra razón para que á nuestros Jesuítas les causase más amargo dejo la lectura de Tiraboschi y Bettinelli, y era el ser hermanos suyos de hábito, perteneciendo unos y otros á la Compañía de Jesús. Siempre duele más la ofensa de los propios que la de los extraños.

Así debieron de sentirlo y pensarlo los PP. Juan Andrés, Tomás Serrano y Javier Lampillas (vulgarmente Lampillas), valencianos los dos primeros, y catalán el tercero, los cuales casi simultáneamente descendieron á la arena en actitud de recoger el guante lanzado por Tiraboschi y Bettinelli. El P. Serrano, hombre de extraordinaria viveza y gracia, que ya se había dado á conocer en Valencia por varios opúsculos críticos¹, y especialmente por la singular facilidad y

¹ Especialmente un diálogo que quedó inédito, refutando las opiniones de Vernei (el Barbadiño) acerca de la Retórica y la Poética. De otros trabajos del P. Serrano se da noticia en la biografía que escribió de él el P. Miguel García, y precede á la colección póstuma de los versos de Serrano:

— *Thomae Serrani Valentini Carminum Libri IV. Opus posthu-*

elegancia con que escribía versos latinos, era un fanático de Marcial, á quien había imitado cien veces y comentado de mil modos, pretendiendo sacar de sus versos una Ética, una Geografía y un cuadro de la Roma Antigua. Había escrito además, en Ferrara, con el título de *Cuestiones Eridanas*, un paralelo entre Marcial y Catulo, para adjudicar al primero el imperio del epigrama. Con tales antecedentes, no podía menos de llevar muy mal la crítica de Tiraboschi sobre los hispano-latinos, y especialmente sobre su autor favorito. Dirigió, pues, á su amigo Clementino Vannetti dos largas y elegantísimas cartas latinas, que Vannetti dió en seguida á la estampa¹, á pesar del desenfado con que en ellas se trataba á Tiraboschi, amigo de entrambos. La defensa es principalmente *pro Martiale meo* (como decía cariñosamente el P. Serrano); pero se extiende también por incidencia á Lucano y á Séneca, de

mum. Accedit de ejusdem Serrani vita et litteris Michaelis Garciae Commentarius. Fulginiae (Foligno), 1788, de Typographia Joannis Tomassini. 4.º

Entre los manuscritos de Serrano embargados al salir de España, lo que él sentía más haber perdido era una *España Poética* en forma de diálogo (castellano), donde, á imitación del *Bruto* de Marco Tulio, iba haciendo la historia y la crítica de nuestros poetas. ¿Existirá en alguna parte el manuscrito de esta obra, en la cual el autor había consignado noticias muy recónditas, sacadas de la Biblioteca de Mayans?

¹ *Thomae Serrani Valentini super judicio Hieronymi Tiraboschii de M. Valerio Martiale, L. Annaeo Seneca, M. Annaeo Lucano et aliis argenteae aetatis Hispanis, ad Clementinum Vannettium, Epistolae Duae. Excudebat Josephus Rinaldus. Ferrariae, anno 1716. 225 pp. 8.º*

quienes promete tratar con extensión en otro libro que no llegó á escribirse.

El P. Juan Andrés no tomó por caballo de batalla, como el P. Serrano, los juicios de Tiraboschi acerca de los ingenios nacidos en España bajo la dominación romana, sino las pretensas causas de la corrupción del gusto en el siglo xvii. Tal es el argumento de su breve y erudita epístola al Comendador Fr. Cayetano Valenti Gonzaga¹, escrito que hoy nos parece muy ligero, pero que entonces, por la novedad de la materia, por la pureza de la dicción toscana, no vista hasta entonces en igual grado en ningún extranjero, y por la singular cortesía y moderación con que al vindicar el honor literario de su patria respeta el de Tiraboschi, arrancó al mismo autor impugnado los mayores elogios, admirando en ella «la fuerza sosegada con que rebate las acusaciones hechas á las Letras Españolas, el respeto con que habla de sus adversarios, la sobria erudición con que va recordando las glorias de la literatura de su país». «Ha mostrado (añade) el buen gusto de que está adornado, con no emprender á tontas y á locas la apología de ciertos escritores españoles, que sólo puede defender el que adolezca del mismo mal gusto que ellos.... El abate Andrés era demasiado sabio y prudente para dejarse

¹ *Lettera dell' Abate D. Giovanni Andres. Al sig. Comenpatore Fra Gaetano Valenti Gonzaga, Cavaliere dell' Inclita Religione di Malta, sopra una pretesa cagione del corrompimento del gusto Italiano nel secolo XVII. In Cremona, 1776. 8.º Appresso Lorenzo Manini e C.ª 8.º 61 pp. (Fué traducida al castellano por D. F. J. Borrull. (Madrid, Sancha, 1780.)*

arrastrar á tales paradojas, y defiende á su nación con armas mucho mejores.»

El escritor que tal elogio había merecido del más docto de los italianos de su siglo, continuaba, por vía indirecta (aunque eficacísima mucho más que las apologías y las refutaciones) la vindicación literaria de su patria, en una de las obras más monumentales y de más largo aliento que produjo el siglo XVIII: en la obra famosísima del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*¹, primera tentativa de una historia literaria general, y muy digna de memoria en tal concepto. Dolfase Andrés de que, habiéndose publicado tantas historias particulares de cada uno de los ramos de la literatura, faltase todavía una completa y metódica de su

¹ *Dell' Origine, Progressi e Stato attuale d' ogni letteratura, dell' Abate D. Giovanni Andrés, Socio della R. Accademia di Scienze e Belle Lettere di Mantova. Parma, Dalla Stamperia Reale, 1782 á 1798.* Siete volúmenes en 4.º grande. Edición espléndida como todas las de Bodoni. En años sucesivos la reprodujeron las prensas de Venecia, Prato, Pisa y Nápoles. En 1808 se comenzó en Roma una reimpresión con adiciones, que llegó á su término en 1816. Consta de ocho tomos, dividido uno de ellos en dos volúmenes.

Conforme iban publicándose en Parma los volúmenes de la primera edición, salía en Madrid una traducción castellana (bastante descuidada), hecha por D. Carlos Andrés, hermano del autor.

—*Origen, progresos y estado actual de toda la literatura...* Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1784-1806. 4.º pequeño. Diez volúmenes. (Quedó sin traducir la parte relativa á los estudios eclesiásticos.)

En 1796 se imprimió una traducción alemana, y en 1805 otra francesa, si bien ésta no pasó del primer tomo.

origen y de sus progresos. Pero es forzoso recordar el sentido que á la palabra *literatura* daban el abate Andrés y sus contemporáneos. Descaminados por el valor etimológico, y pagando tributo al espíritu enciclopédico de la época, no acertaban á determinar la profunda diferencia que media entre las obras científicas y las puramente literarias. Estando en mantillas la ciencia estética, no concebían clara y distintamente la idea del arte como expresión de la belleza, y la confundían con la idea de la ciencia, cuyo objeto es la investigación de la verdad. Por tal manera ensanchaban considerablemente los límites de la literatura, que abarcaba, no ya sólo las bellas letras, sino las ciencias filosóficas, las exactas, las naturales, con todos sus ramos y aplicaciones. Así habían escrito los Maurinos la *Historia literaria de Francia*, así la de Italia Tiraboschi, así intentaron escribir la de España los PP. Moheganos. Por eso no admira encontrar en la obra del abate Andrés volúmenes enteros consagrados á narrar los progresos de las Matemáticas, de la Física, de la Medicina, de la Historia Natural, y de otras mil cosas á cual más lejanas de la acepción que hoy damos á la palabra *literatura*. Aun reducida á sus propios límites, parecería gigantesca la empresa del abate Andrés: ¡cuánto más debe parecernoslo considerada en las múltiples relaciones que comprendía su proyecto, inasequible á las fuerzas de un hombre solo ni de una generación entera!

Pero dada la imposibilidad de la empresa, era

difícil salir de ella con más garbo que el P. Andrés. No trazó ni podía trazar la historia de la literatura, sino el cuadro general de los progresos del espíritu humano, y esto en escala reducidísima. Procede, pues, á grandes rasgos y de una manera sintética, sin citar ni analizar casi nunca, valiéndose muchas veces, como no podía menos, de historias ya escritas, y de datos de segunda mano, con erudición más extensa y variada que profunda, pero con ideas propias sobre el conjunto, con facilidad de exposición, con singular amenidad de estilo, con el amor más simpático y ardiente á los progresos de la razón y de la ciencia, con el arte tan raro de asimilárselo y comprenderlo todo. Era un espíritu generalizador, de esos que de vez en cuando produce la humanidad para hacer el inventario de sus riquezas, de una manera atractiva, popular, agradable y al mismo tiempo científica: un *vulgarizador* en la más noble acepción de la palabra. Sabía algo, y aun mucho de todas las cosas, aunque él no hubiera inventado ninguna; comprendía los descubrimientos sin haberlos hecho; exponía con lucidez con buena fe, con halago; manejaba con desembarazo el tecnicismo de todas las ciencias, sin ahondar propiamente en ninguna; mariposeaba por todos los campos con algo de *dilettantismo*; lo mismo se complacía en la lectura de una novela ó de una tragedia que en la de un tratado de Hidrostática ó de Astronomía; pero todo esto con espíritu genuinamente filosófico, puesta la mira en la unidad superior del entendimiento humano.

Era todo lo contrario de un *especialista*; pero era precisamente lo que debía ser para llevar á razonable término su empresa temeraria, que un erudito de profesión no hubiera intentado nunca.

Sería menester un libro tan voluminoso como la misma *Historia* del abate Andrés, para irle siguiendo paso á paso, rectificando unas veces sus aseveraciones, y notando otras los gérmenes de ideas exactas, adelantadas y nuevas que en sus elegantes páginas encontramos. Fácil sería notar en la parte histórica omisiones, de las cuales apenas es responsable, teorías aventuradas y ya convencidas en parte de falsedad, como el empeño de atribuir á los árabes españoles influencia predominante y casi exclusiva en el desarrollo de la cultura de la Edad Media, y referir á ellos el origen de la rima y el de la poesía provenzal. Fácil sería notar, como en casi todos los críticos del siglo xviii, juicios absurdos sobre Shakespeare, tibia admiración por Dante, alabanza muy restricta al Teatro Español, entusiasmo sin medida por todos los productos del clasicismo francés, y siempre y en todas las cosas una tendencia declarada á sobreponer la elegancia á la fuerza y el estudiado artificio á la inspiración primitiva, prefiriendo, v. gr., Virgilio á todos los poetas griegos, ó viendo en la *Jerusalén* del Tasso el prototipo de la poesía épica, y en la tragedia francesa el *summum* de la perfección dramática. Al fin, el P. Andrés era un retórico, aunque privilegiado entre los retóricos, y más libre que ninguno de ellos de preocupaciones,

por lo mismo que su cultura era más extensa. No sólo era helenista y latinista, no sólo manejaba el italiano como su propia lengua, sino que sabía perfectamente el inglés y el alemán, y leía en su lengua á Shakespeare y á Milton, á Lessing y á Klopstock. Y, sin embargo, este hombre escribía que «el *Catón* de Addison es la única obra dramática de que con razón pueda gloriarse la literatura inglesa», y se postraba ante los insípidos idilios de Gessner, y rompía en apóstrofes á los personajes de las novelas de Richardson, mientras que encontraba llena de bajezas y de absurdos la *Emilia Galotti*.

Fácil sería, repito, prolongar este género de observaciones, sin gran mérito del crítico que las hiciese, ni detrimento alguno de la fama del abate Andrés, puesto que la culpa no era suya, sino de la atmósfera intelectual que respiraba. Preferimos llamar la atención sobre sus méritos, basados, no sólo en haber extendido considerablemente el horizonte intelectual de sus contemporáneos, haciendo entrar por primera vez en la historia literaria á los pueblos del remoto Oriente y á los del Norte de Europa, sino en haberse remontado á las causas de los fenómenos artísticos, mostrándose en esto muy superior á Tiraboschi y á los Maurinos, y dando con esto sólo verdadero carácter de ciencia á la historia literaria, que hasta entonces era materia de pura erudición. Puede decirse sin gran hipérbole que Andrés fué á la historia literaria lo que Winckelmann á la historia del arte plástico, salva siempre la dife-

rencia de genio entre uno y otro. Así vemos á nuestro Jesuíta dedicarse á buscar, no sin fortuna, la clave de los progresos de la civilización helénica, y hacer entrar como datos esenciales en su apreciación el clima, la raza, el régimen de libertad, la tendencia colonizadora, las asambleas públicas, los certámenes y juegos, y, no contento con estas consideraciones algo externas, hacerse cargo del genio estético de aquella raza «única del mundo en la cual la mente humana haya gozado todos sus derechos y haya puesto en ejercicio todas sus facultades»; raza en la cual, por caso nunca repetido, se dieron amistosamente la mano la fantasía y la razón.

El P. Andrés pudo equivocarse en algunos juicios particulares de escritores y de libros, pero el espíritu de su historia es enteramente moderno. Comprendió toda la importancia de la cultura helénica en el mundo clásico; redujo á sus verdaderos límites el valor de la llamada literatura latina, mostrando que no era sino «un pequeño arroyuelo derivado de la griega», arroyuelo que dejó de correr mucho antes que se agotase el poderoso río de donde se derivaba: puso de manifiesto la limitada aptitud de los romanos para el cultivo del arte y de las ciencias especulativas; dió por característica de su civilización la nota jurídica, y por característica de la civilización griega «el genio que la llevaba hacia la belleza», y aquella frescura de impresiones con que el mundo parecía nacer para aquellos hombres cuando por primera vez le miraban.

Probada de esta manera la *unidad* de la literatura antigua, estableció también la *unidad* de la literatura cristiana, enlazando la de los cinco primeros siglos con la de la Edad-Media, á la cual trató duramente, es cierto, para lo que ahora acostumbramos, pero dando muestras de conocerla mejor que ningún otro de sus contemporáneos, excepto los arqueólogos y paleógrafos que por oficio y estudio principal la cultivaban. Y aun esos mismos capítulos sobre los árabes, donde amontonó tantos errores, indican que, si bien no era orientalista, estaba al corriente de todo, absolutamente de todo cuanto hasta entonces había divulgado la erudición de los pocos que lo eran, y cuyas huellas él seguía, tropezando naturalmente donde tropezaron ellos, pero sacando de sus noticias consecuencias antes no sospechadas y de grande importancia para la historia científica de Europa, en la cual es tan profunda é innegable la influencia de los árabes, como nula en la esfera literaria. Ni le llevó su *filo-arabismo* hasta negar la originalidad y el valor de las escuelas cristianas de la Edad-Media; y así acertó á poner en claro que la escolástica (con la cual se ensangrienta mucho) estaba ya adulta y formada antes que los filósofos árabes fuesen conocidos, y negar su asenso á fábulas como la del viaje de Gerberto á Córdoba, probando con irrecusables documentos que no pasó de la Cataluña cristiana. Igual sentido histórico manifiesta al discurrir sobre los orígenes de la literatura italiana y reivindicar para la proven-

zal (apoyado en las indicaciones de Bastero) los derechos de maternidad en cuanto á la poesía lírica; y mucho más cuando niega la desmedida influencia que en bien y en mal se concede á los griegos fugitivos de Constantinopla, en el Renacimiento de la antigua cultura clásica, tan floreciente ya en Italia desde los días de Petrarca y de Boccaccio.

Y aunque no sea lícito contar al P. Andrés entre los admiradores del teatro español, que le parecía monstruoso, hay que reconocerle el mérito de haber sido el primero en señalar sus semejanzas con el teatro inglés, estableciendo entre ambos un paralelo en toda forma, no falto de exactitud ni de ingenio. Y así advirtió que las leyes de las unidades, por cuya infracción se levantaba tanto clamor contra los poetas españoles, habían sido, no sólo desatendidas, sino despreciadas por los ingleses, considerándolas el mismo Dryden como perjudiciales al interés del drama, siendo, por otra parte, común á ambos teatros el género de la tragi-comedia y la mezcla de lo serio y de lo burlesco, con la diferencia de que el teatro español pone el elemento cómico en los personajes secundarios, mientras que en el teatro inglés unas mismas personas son asunto de la compasión trágica y de los donaires cómicos. Concede á los españoles el haber trazado algunos esbozos de carácter, y se lo niega, con notoria injusticia, á Shakespeare, el mayor artífice de criaturas humanas que ha existido; pero este craso y evidente error no basta para obscurecer

la originalidad del paralelo que por primera vez se formaba entre los dos teatros románticos de Europa, paralelo repetido después por la crítica de los Schlegel. Igual sagacidad se observa en el modo de considerar á Corneille como un poeta medio español.

Otra de las cosas más dignas de alabanza en la *Historia de la literatura universal*, es el espíritu de imparcialidad y templanza con que toda ella está escrita, sin que el autor, ni por preocupación de escuela, ni por excesivo celo religioso, salga un punto de la noble y alta manera con que formula siempre sus juicios, ni se crea autorizado para negar á los escritores impíos, que tanto abundaban en su siglo, el galardón debido á los merecimientos de su doctrina y de su estilo. « Considerando yo (dice el P. Andrés ¹) como dos cosas enteramente diversas la religión y las letras, conozco que puede un filósofo ser abandonado de la mano de Dios, según los deseos de su corazón, y tener, no obstante, sutil ingenio y fino discernimiento, y pensar con agudeza y con verdad en materias literarias. Si no se pudieran adquirir tales dotes sin ofensa de la religión, yo preferiría, sin dudar ni por un momento, una piadosa ignorancia al más exquisito saber; pero si es cierto que el ingenio y la erudición pueden andar separados del libertinaje y de la irreligión y juntarse con la piedad, como de hecho vemos que sucede con frecuencia, no entiendo por qué razón no se

¹ Tomo 1, páginas 453 y 454 de la edición de Parma.

pueda ni se deba desear el fino gusto de Voltaire, la elocuencia de Rousseau ó la erudición de Freret, más bien que el mediano talento de la mayor parte de sus adversarios.» Gran lección para ciertos apologistas y controversistas medio energúmenos, de nuestros días.

No quiere esto decir que el P. Andrés, aun poniendo en las nubes ciertas obras literarias de los enciclopedistas, muy caídas hoy de su antiguo prestigio, admire á bulto todo lo que salió de la pluma de Voltaire ó de Rousseau. Al contrario, señala con mucha discreción y tino los puntos flacos de la *Henriada* y de las tragedias de Voltaire, la endeblez de su estilo poético, la impertinencia de las *máquinas* alegóricas, aquellos versos que no hablan á la fantasta, sino á la razón, las declamaciones filosóficas transportadas al teatro, la ausencia de caracteres y de verdadera originalidad dramática: en suma, todo lo que nota y censura en la poesía de Voltaire la crítica moderna. Y en el *Cándido*, en el *Micromegas* y en los demás cuentos del patriarca de Ferney, mucho más vivos hoy que sus tragedias, encuentra verdadera gracia, pero también el capital defecto de ser más bien composiciones agradables y «chistosas, que verdaderas novelas, porque el demasiado ingenio del escritor, burlándose de sus propios asuntos y personajes, impide que el lector los tome por lo serio».

Entre los juicios notables que el libro del Padre Andrés contiene sobre toda la literatura de su tiempo, uno de los más exactos y penetrantes es el

de la *Nueva Heloisa* de Rousseau, que nuestro Jesuíta admiraba mucho, aunque poniéndola por bajo de las novelas domésticas de Richardson, de las cuales era tan fanático apasionado como el mismo Diderot. Copiaremos algunas líneas de este juicio para muestra del talento crítico y del estilo del P. Andrés, y, sobre todo, de la independencia con que escribía:

«La *Julia* es una novela llena de tantas lumbres de filosofía y animada de tan viva elocuencia, que, no sólo merece ocupar un lugar distinguido entre los escritos de este género, sino que debe con razón estimarse por obra original, y ser respetada por los filósofos no menos que por los poetas, y por los lógicos igualmente que por los oradores.... No es solamente obra de imaginación y de sentimiento, sino libro lleno de conocimientos útiles é importantes, libro de filosofía. La manera de leer, los prejuicios sobre la desigualdad de las condiciones, el duelo, el suicidio, el adulterio y otras mil cuestiones semejantes, están tratadas con tal sutileza y tal fuerza de raciocinio, que nadie lo hubiera esperado en una novela.... No es que yo quiera alabar todas las opiniones del autor sobre estos puntos importantes, ni piense en aprobar su doctrina económica, moral y teológica, que bien conozco las inexcusables locuras en que le ha precipitado su amor á la novedad: no es que yo crea siempre oportunas sus disertaciones, que muchas veces encuentro fuera de lugar, y que vienen á resfriar el afecto, cuya expresión interesa más á los lecto-

res sensibles que las discusiones filosóficas.... El estilo está lleno de entusiasmo, que parece en ocasiones elevarse demasiado y exceder los límites de una conveniente sublimidad, dando en enfático y ampuloso, cayendo en metáforas y alusiones harto lejanas, en conceptos rebuscados y torcidos, y en pensamientos demasiado sutiles; pero pone el autor desde el principio tal ardor en los afectos, que parece necesario que luego se desahogue en aquel enfático estilo: la llama de la pasión asciende al cerebro y produce el delirio, el cual prorrumpe naturalmente en aquellas exageradas y fantásticas expresiones, y sigue amontonando ideas, imágenes, conceptos y pensamientos, tal como se le presentan, sin poderlos moderar con el juicio: el alma del lector participa de aquel fuego, y gusta él mismo de aquel ardor de sentimientos, de aquella rapidez de ideas, de aquella audacia de expresiones, y se ofende del autor si tal vez descende á un estilo más llano, y adopta un tono más bajo y natural. Yo hubiese preferido que Rousseau no hubiese puesto el punto tan alto, ó le hubiese sostenido más dignamente.... Un amor tan furioso no sufre las frías cuestiones filosóficas ni las menudas y graciosas descripciones de paisajes, ni otra cosa, en suma, que la expresión de su llama.... pocas reflexiones, fuertes y vibrantes, son toda la lógica de la pasión: las razones examinadas de espacio, los argumentos puestos como en balanza, las sutiles y exactas discusiones, más bien muestran el prurito de filosofar que el afecto de las personas que escriben aquellas cartas. Y

este es un defecto de la novela de Rousseau, que disminuye mucho sus buenas cualidades. La ilusión no puede durar largo tiempo, etc., etc.» Prescindiendo del tono demasiado encomiástico, ¿qué otro juicio formaríamos hoy de la novela de Rousseau? Con la misma animación y gracia está escrita toda la obra del abate Andrés, aun aquellas partes que pudieran parecer áridas ó abstractas. ¿Se comprende ahora su reputación europea?

Y eso que no hemos agotado, ni mucho menos, todo lo que en el libro denuncia un talento superior: la habilidad y la energía, v. gr., con que saca á salvo la doctrina del progreso literario y científico contra el sistema de *la curva assintota* que, según Boscowich, recorre eternamente el espíritu humano, cayendo y levantándose infinitas veces. El abate Andrés no cree en esta concepción fatalista; tiene en el progreso la misma robusta esperanza que Condoreet y que todos los hombres de su tiempo, y en cuanto al porvenir del arte, le descubre y adivina en el mayor conocimiento del planeta, en las nuevas ideas é imágenes que han de nacer del estudio de la poesía de las razas bárbaras, olvidadas y remotas. «La imaginación de estas gentes (dice), no menos que su razón, debe haber seguido en su cultura vías muy lejanas de las que hasta aquí han trillado los europeos. La naturaleza misma, presentándose á sus ojos bajo un aspecto del todo diverso, debe crear en su fantasía imágenes y bellezas hartamente diferentes y para nosotros de todo punto extrañas, que quizá podrán traer á nuestras composiciones nuevos é

inusitados ornamentos. Si de las inhospitalarias regiones de la Caledonia ha salido á luz en siglos tenebrosos un Ossián, ¿cuánto más hemos de esperar que en la China, en la Arabia y en otras naciones cultas haya habido poetas dignos de leerse y de estudiarse, y que puedan traer nuevas joyas á nuestra poesía?» Debo advertir que Ossián está traído aquí como argumento de autoridad; pues, por lo demás, el P. Andrés (dando una prueba más de su tacto crítico) dudaba muy mucho de su autenticidad, y admiraba todavía menos las monótonas rapsodias que llevan el nombre del bardo caledonio, á quien por entonces ponía en moda en Italia el abate Cesarotti.

En algunas de las afirmaciones anteriores se habrá reconocido como un eco lejano de las elocuentes palabras con que Diderot presagiaba y llamaba con sus votos una nueva literatura, bañada en las vivas aguas de la naturaleza. Y realmente, muchas ideas de aquel paradójico y singular crítico han sido aceptadas y defendidas por el abate Andrés, en especial la *comedia seria* y la *tragedia ciudadana*. «No sé (exclama el Jesuíta valenciano) por qué ha de rechazarse una composición teatral que, bajo cualquier nombre que se le dé, logra mover el corazón con apasionados afectos é inspirar provechosas moralidades, y que acaso más cumplidamente que la tragedia heroica y que la comedia chistosa, logra el fin del teatro, deleitar é instruir. El *Edipo*, la *Electra*, el *Hipólito*, la *Ifigenia* y casi todas las más celebradas tragedias, así antiguas como mo-